

DORIS LESSING

Londres. Nos encontramos en el ático de Doris Lessing. Las ventanas son grandes, las puertas del balcón están abiertas y el sol entra a chorros. Tenemos una vista de árboles y césped brillante, con

la ciudad al fondo. Doris Lessing vive en las afueras de Londres. La casa está revuelta: hay periódicos, recortes de prensa, libros y prendas de vestir por todas partes, y una gramática rusa reposa sobre el

escritorio. De vez en cuando, un gato, seguro de sí mismo, se pasea de un lado a otro.

Doris Lessing. Es una mujer pequeña, de apariencia enérgica, cabellos grises sujetos con horquillas y ojos castaños y vivos. Lleva un impresionante anillo con una piedra blanca transparente. Nos fascina su obra. Lo que más nos llama la atención de sus escritos es que contemplan el mundo desde muchos ángulos diferentes. Mira con compasión y comprensión la discriminación racial, la opresión del Tercer Mundo, la búsqueda de libertad e igualdad de la mujer, los cambios en el clima cultural después de la guerra y la amenaza de una catástrofe nuclear en Europa. Al mismo tiempo, explora las profundidades de la mente: la psicología, la locura, las necesidades religiosas de la gente. En particular, su obra expresa lúcidamente las ambivalencias, conflictos, temores y sentimientos de culpabilidad en la vida de la mujer.

Con su estilo claro y algo prolijo, se incluye a sí misma dentro de la tradición de la novela del siglo XIX: «La humanidad, el amor a la gente que ilumina la literatura del siglo XIX».

Ha escrito muchos cuentos, situados en Africa, y muchas novelas, incluidas *The grass is singing*¹, *The golden notebook*², *The summer before the dark* y la serie de cinco libros que exploran la vida de *Martha Quest*. En los últimos años se ha inspirado en los libros sagrados de las grandes religiones, así como en todo tipo de literatura fantástica: «El espacio ficción, junto con la ciencia ficción, constituye la rama más original de la lite-

ratura actual; es inventiva e ingeniosa y ha estimulado todo tipo de obras».

En 1979 publicó el primer volumen de la serie de Canopus. Desde entonces han aparecido cuatro volúmenes. Desde la perspectiva de otros sistemas solares, describe la desesperada historia del planeta Shikasta: nuestra Tierra. Habla de la catástrofe nuclear de finales del siglo XX, al que llama «el siglo de la ideología», y ve las dos guerras mundiales como «dos períodos intensivos de la guerra del siglo XX».

—¿Cree realmente que habrá una tercera guerra mundial?

—Creo que es sumamente probable que la haya. Todo el mundo está contribuyendo. El escenario está dispuesto desde la última guerra. Casi todos los países han dedicado una gran parte de sus ingresos a armamentos, y una vez hecho eso, tienden a ser usados. Estos dos micrófonos me están poniendo nerviosa. Me parece como si me fueran a disparar. Bueno, deje que los coja.

Lo que encuentro extraordinario es que de pronto aparecieran movimientos pacifistas en Inglaterra y Europa durante este último año. Sin embargo, hace veinte años hicimos marchas. Yo estaba en la CDN, la Campaña para el Desarme Nuclear. Hicimos marchas de 150.000 personas en el momento culminante. Ahora, de pronto, dicen: «No queremos una guerra». El momento de decir esto, y de trabajar contra ello, era hace veinte años, cuando de hecho aceptamos convertirnos en la primera línea de defensa de los

Estados Unidos. Recuerdo que las pocas personas que lo decían en voz alta eran calificadas de comunistas, o estos epítetos habituales que impiden a la gente pensar. Mis sentimientos cuando contemplo estos movimientos pacifistas son de auténtica incredulidad. Son como un grupo de niños que de pronto dicen: ¡Oh, no va a haber una guerra!». ¿Por qué no?

—Creo que Reagan, su propaganda y sus discursos, y también Afganistán y Polonia, han hecho que la gente empiece ahora a pensar en ella. Las cosas que han sucedido han hecho que la gente sea muy consciente de la situación. Pero todavía no podemos creer que realmente pudiera haber una guerra.

—Son los jóvenes los que no tienen imaginación, no los viejos. Crean, por lo que puedo comprender, que la guerra no es posible. Bueno, pues es posible, y todos lo sabemos porque la gente de mi generación ha pasado por ella. Yo me crié en medio de las penosas secuelas de la Primera Guerra Mundial; mi padre se arruinó por su culpa y mi madre también. No es que los viejos no crean en la guerra. Sabemos demasiado bien que se producen guerras.

Es extraño que cuando termina una guerra sea como si no se hubiera producido. Por supuesto, tienes películas y programas sobre las emociones de la guerra: gente que realiza atrevidas evasiones de campos de prisioneros, o magníficos héroes en máquinas voladoras, o mujeres del cuerpo auxiliar. La guerra es presentada siempre como algo emocionante. Pero no decimos algo tan sencillo como

que la Segunda Guerra Mundial de hecho nos degradó, nos embruteció y nos desnaturalizó, que creo que es la verdad. No decimos que la Primera Guerra Mundial nos sometió a las industrias del armamento. Las naciones se convirtieron en prisioneras de la industria del armamento. Y este proceso ha continuado. La Segunda Guerra Mundial lo consolidó. Ahora las economías de todos los países bailan al son de la industria del armamento. En Gran Bretaña no podríamos dejar de fabricar armamentos porque nuestra economía depende de ellos. Tampoco podrían los Estados Unidos.

—¿Cree usted que si se producen armamentos militares, éstos han de ser usados y ha de haber una guerra?

—No tiene por qué haber guerra, porque si existe una voluntad de detenerla podemos detenerla. Pero, ¿quién tiene esa voluntad? Tiene que ser el país más poderoso del mundo el que la detenga. No digo que Reagan se pase la noche despierto diciendo: «¡Hurra!, quiero una guerra», todo lo contrario. Creo que ambos países quieren conseguir todo lo que puedan sin ir a la guerra, porque los dos, de hecho, como sabemos, son imperios enormes y rapaces con mucha fuerza. Carecen totalmente de escrúpulos, son mentirosos, no les importa lo que sacrifiquen en su propio país o en cualquier otra parte. Los Estados Unidos no mostraron mucho pesar por los sufrimientos de sus soldados en Vietnam. No parece que la Unión Soviética se lamenta por los sufrimientos de esos desgraciados soldados suyos que tienen que ir a Afganis-

tán, y no saben quién les hierre. No les importan los soldados o su propia gente. Nunca les han importado. Continuarán velando por sus intereses como imperios. Dígame, si usted fuera el dirigente de un país, con un interés en la guerra y con un plan de expansión, ¿se preocuparía por un millón y medio de jóvenes que en Europa hacen marchas pacifistas? ¿Le importarían? Porque no creo que a mí me importaran. No creo que a los dirigentes de este mundo les quite el sueño el hecho de que los jóvenes en la Europa de 1980 decidan hacer marchas pacifistas.

—*Pero nosotros seremos las víctimas. ¿Y qué interés tienen los dirigentes de nuestros países en ser aliados de los Estados Unidos si ellos también serán las víctimas? Por supuesto, se han hecho construir refugios, pero...*

—Personalmente creo que deberíamos conseguir que se construyeran refugios y que deberíamos proteger a la población. Puedes proteger a la gente contra cualquier cosa salvo contra un impacto directo. Puedes protegerla contra la lluvia radioactiva. Me parece una extraordinaria paradoja que los ciudadanos estén encantados de ver a la familia real protegida, y a los altos oficiales del ejército protegidos, y a los funcionarios y al gobierno protegidos. Pagamos un montón de dinero para eso, y continuamente ponemos al día esa protección. Pero, ¿qué pasa con los ciudadanos? Ya sé que esa no es la política del movimiento pacifista. Si dices al movimiento pacifista: «¿Por qué no tratáis de conseguir que los ciudadanos sean protegidos?», te dirán que eres un belicista. Mi

opinión es que están locos. Algo no funciona en su forma de pensar.

—*Su argumento es que si construimos refugios, eso significa que aceptamos la guerra. No aceptamos la guerra, así que no necesitamos construir refugios. Tenemos que detener esa guerra...*

—Bien, suponga que no detenemos la guerra: entonces todos moriremos. Hay una película que se llama «Juegos de guerra», hecha por la BBC. El máximo responsable de la defensa en Suiza vio esta película y dijo: «Sí, todo eso os va a ocurrir a vosotros; pero no nos va a ocurrir a nosotros». Los suizos han conseguido que el 95 por ciento de su población esté protegida. En Suiza celebran seminarios permanentes ofreciendo todo tipo de información a cualquiera que vaya a escuchar. Pero mientras tanto, a la gente que está preocupada, como el millón y medio de la semana pasada, haciendo marchas de aquí para allá, las preguntas: «¿Por qué no conseguimos que se construyan refugios?», y dicen: «No aceptamos la guerra». Bien, pues buena suerte. Es exactamente lo mismo que antes de la última guerra mundial. La gente decía, no vamos a luchar, no vamos a tener una guerra, y fue por eso por lo que Gran Bretaña fue a la guerra muy mal preparada y muchas personas murieron innecesariamente. Deberíamos tratar de detener la política del gobierno, y tratar de conseguir algún tipo de limitación de las armas, y conseguir que nuestras poblaciones estén protegidas.

—*Pero, ¿qué hay del aspecto psicológico de la guerra?*

Usted ha escrito muchas cosas sobre el adoctrinamiento y el lavado de cerebro. Usted ha dicho: «Las personas que se convierten en dirigentes no tienen más que encarnar el odio a sí mismas».

—Eso está tomado de *The four gated city*³, donde, de hecho, hablaba del adoctrinamiento y el lavado de cerebro. Decía que los torturadores y los adoctrinadores, y los que lavan el cerebro, no tienen más que asumir el papel del que se odia a sí mismo, que está en cada uno de nosotros. El policía que interroga encarna a este personaje que está en cada uno de nosotros: que no eres bueno, que estás podrido, que eres un asco, estás perdido, por qué no hiciste esto, etc. Entonces la persona se vuelve débil y no puede resistirlo. A menos que esa persona sea muy consciente de lo que ocurre, está perdida. Hasta hace muy poco no hemos comprendido toda esta cuestión del lavado de cerebro y el adoctrinamiento. Fue a partir de la guerra de Corea. Lo que sucedió fue que los soldados de Estados Unidos, al ser capturados e interrogados por personas que sabían cómo usar estas técnicas, confesaron crímenes que nunca habían cometido. Los americanos comenzaron a investigar entonces el condicionamiento y el lavado de cerebro. Ahora sabemos mucho sobre esto. Pero no se nos dice, aunque estemos sometidos todo el tiempo a ese condicionamiento.

Todos sabemos lo que es la publicidad. Tenemos muy poca protección contra ella. El ejército es una forma de lavado de cerebro. Un grupo de soldados será sometido deliberadamente a las más violen-

tas pruebas físicas durante las dos o tres primeras semanas: le gritan, le chillan, le rebanan. Al cabo de este tiempo, el soldado se mostrará obediente.

Tal vez sea más importante la forma en que nos condicionan y nos lavan el cerebro en la vida cotidiana. Antes solían hacerlo las Iglesias, que estaban muy especializadas en el tema. Lo hemos olvidado. Desde hace cincuenta años o así, hemos olvidado que hemos estado 2.000 años bajo una de las mayores tiranías que jamás haya conocido el mundo, que es la Iglesia cristiana. Esta es la razón por la que estamos tan dispuestos a aceptar las tiranías: estamos condicionados por los sacerdotes, que nos dicen lo que debemos hacer. Esa es la razón de que luchemos por dirigentes políticos como Hitler y Stalin. Pero nadie dice a un niño en edad escolar: «Eres increíblemente vulnerable, y te han enseñado a respetar la autoridad, y te han enseñado a obedecer órdenes, te han enseñado a no pensar por ti mismo». Nadie dice esto a los niños, ni siquiera las personas como usted. ¿Por qué no? Su trabajo debería ser ése. Estoy asombrada...

Sabe usted que hay un profesor en Canadá, un psicólogo, que podría convertirnos en cualquier cosa, en baptistas, mañana por la noche. Luego podría hacernos volver a la normalidad y a la noche siguiente convertirnos en católicos. Y a la noche siguiente podría convertirnos en fascistas. Bueno, esta afirmación es dinamita. Que sea cierta es dinamita. Significa que somos infinitamente maleables. Este hombre puede hacérselo a cualquiera, a usted o a mí. Es

un experimento clásico ahora. Todo lo que tienes que hacer es agotar emocionalmente a alguien, dejarle exhausto, llenarle de actitudes contradictorias, como hacen los interrogadores, que son amables en un determinado momento y violentos en otro. Tienes que acabar con las respuestas de la víctima. Tienes que llevarla al borde del agotamiento emocional, y en el momento crucial atiborrarla de tu nueva doctrina, y esto es lo que esa persona cree. Incluyéndonos a usted y a mí.

—*Usted describía en The four gated city el experimento de Martha Quest, que se aísla en un edificio y no come ni bebe. Al final toma conciencia de las diferentes personalidades que hay en ella y experimenta sus diferentes aspectos: el torturador, el torturado, el fascista y el antifascista. ¿Cree usted que todos nosotros llevamos dentro estas posibilidades?*

—Todos nosotros, sí. Es sólo una cuestión de suerte que las circunstancias lo hagan salir. Es muy duro resistir a un grupo o a la forma de pensar de la gente que te rodea. Es muy duro mantener tus opiniones. Somos un animal de grupo, tenemos que meternos siempre en un grupo porque es cómodo pensar como los otros. Y otra cosa que hacemos, un proceso que es básico y, sin embargo, no somos conscientes de él: tan pronto como nos hacemos adultos y elegimos por nosotros mismos, elegimos a las personas que no chocan con nosotros, que no nos desconciertan porque piensen de otro modo. Elegimos a las personas que nos gustan. En otras palabras, alejamos de nuestra vida a aquél que nos

desconcierta o que nos molesta. Así que vivimos en una bonita nube con personas como nosotros. Esta es otra forma de lavado de cerebro que nos infligimos a nosotros mismos.

—*¿Tiene usted amigos que sean totalmente diferentes? ¿Busca usted situaciones que sean totalmente desconocidas?*

—¡Sí, por supuesto! De hecho estoy en una situación en la que me encuentro con gente totalmente diferente a mí, que no piensa como yo. Pero es muy duro eso, porque tienes que poder encontrar a gente que no vaya a salir corriendo horrorizada al encontrarse con alguien que no piense igual. Hay pocas personas que puedan tolerarlo.

Cada uno piensa que su sistema de ideas es el correcto. Tuve una experiencia realmente divertida no hace mucho. Estaba en un grupo de personas de mentalidad muy distinta. Estaba de pie junto a una valla, un sábado por la tarde, con una mujer. Entonces comenzó una cacería de zorros en el bosque, y cruzó por allí. Yo estaba pensando: «Dios, qué salvajes», y entonces ella dijo: «Es el sonido más hermoso del mundo, el ladrido de los perros detrás del zorro». Así es que tuve que aguantarlo y ella tuvo que aguantarme a mí. Ella piensa que estoy loca porque para ella los zorros son fieras que matan ovejas y cuanto antes se libren de todos mejor. Es un ejemplo bastante frívolo. Pero, ve usted, eliminamos de nuestra vida a todo el que piensa que el ladrido de los perros es la mejor música del mundo.

Pero, ¿qué clase de contacto es posible si las personas

son tan diferentes? ¿De qué puede uno hablar? Si su lenguaje fuera tan diferente, no influiría en las opiniones de los otros.

—Bueno, tienes que llegar a un punto en el que empieces a creer que tal vez las opiniones sean bastante superficiales y que lo importante es lo que la gente hace. En este momento estoy escribiendo un libro sobre retórica. Espero que sea divertido. Saco a un personaje que no puede resistir ciertas secuencias de palabras. Simplemente explota emocionalmente, se derrumba y se pone enfermo. Me lo estoy pasando estupendamente con todos los discursos que pronuncia la gente y todas las palabras emocionales que la gente no puede resistir. Una vez que te pones a pensar en ello, es asombroso, porque empiezas a observar qué secuencias de palabras no puedes tolerar, los epítetos que te desconciertan...

¿Cómo lo hago? Voy a la biblioteca y consigo discursos. Trotski fue uno de los mayores oradores. Y, por supuesto, tienes todos los oradores religiosos, y hay muy poca diferencia, se lo aseguro: el mismo lenguaje, las mismas ideas. Trotski decía —lo recorté, es fascinante—: «Ante nosotros se abre un camino duro y difícil. Debemos trabajar, debemos sacrificarnos. Sólo a través del sacrificio lograremos nuestra salvación». ¿De dónde viene esto? Claro, es psicología cristiana del principio al fin. El Cristo crucificado, ese horrible objeto chorreando sangre que nos han enseñado a adorar, un hombre maltratado, torturado. Es en la historia europea donde este personaje, que tiene línea directa con Dios, nos

dice lo que debemos hacer. Nos enseña a amar a los jefes. Nos enseñan a amar a la gente que nos dice lo que debemos hacer. ¿Sabe usted lo que debería leer? Debería leer el Antiguo Testamento, que contiene los cinco libros sagrados de los judíos. Y luego debería leer los Apócrifos, todos esos libros que los sacerdotes dicen que no son auténticos, y luego el Nuevo Testamento, y luego el Corán. Hay un hilo conductor que los recorre, ya verá. Son los libros de las tres grandes religiones que han hecho a Europa. Se asombraría de ver cuánto tienen en común. Es extraordinario, porque pensamos que los judíos, los cristianos y los musulmanes son muy diferentes, pero es el mismo plan.

—Un tema que se repite en su obra es el de que las personas olvidan, que no tienen capacidad para prever las cosas. Piensan que vivirán eternamente. Pero cuando tienen sesenta o setenta años, piensan de pronto: bueno, dentro de dos años estaré muerto. Es muy extraño que los viejos no puedan enseñar a los jóvenes lo que saben. Es trágico que tengamos que estar siempre inventando las mismas cosas.

—Las culturas en el pasado tenían una continuidad porque los viejos transmitían a los jóvenes lo que la sociedad sabía. Tienes que tener una estructura, y ésta solía ser algún tipo de religión. En las llamadas culturas primitivas, eso se hace con historias. Pero ahora no hay continuidad. La religión ha desaparecido, gracias a Dios. En un país como la Unión Soviética, que ha tenido ya dos o tres generaciones de comunismo, la transmisión de los viejos a los jóvenes es estrictamente política.

No hay ni por qué hablar de ello, porque sabemos para lo que sirve. Pero en un país como el nuestro, no hay ningún tipo de contacto entre viejos y jóvenes, porque no hay medio. Los jóvenes van y eligen grupos de uno u otro tipo, pero no hay nunca continuidad con lo que los viejos saben. Por eso esas experiencias se pierden.

—Usted tiene ideas muy claras sobre la educación de los niños. ¿Qué tipo de educación deberían recibir los jóvenes?

—Plantea usted una pregunta que tardaría veinticuatro horas en contestar. Los padres ahora lo dejan todo en manos del Estado y no hacen nada por sí mismos, que es lo que creo que deberían hacer. Deberían recuperar una cierta responsabilidad a la hora de fijar las normas para sus hijos, aunque los hijos las impugnen. No importa que las impugnen. Los padres deberían pintar algo. En segundo lugar, creo que dado que el Estado no va a enseñar a los niños lo que deben saber acerca de sí mismos, los padres deberían enseñarles lo vulnerables que son a la manipulación. Alguien debería enseñar a los niños lo que sabemos acerca de nosotros. Sabemos cómo nos comportamos en los grupos, y cómo se comportan los dirigentes en los grupos, y cómo somos utilizados por los grupos, cómo se escinden los grupos y se insultan unos a otros. A los jóvenes no se les enseña nada de esto. Entran en los grupos como si fueran territorios vírgenes y no se supiera nada de ellos.

No hace mucho, a comienzos de la Edad Media, los ni-

ños eran enviados durante un tiempo a vivir con adultos que les pudieran enseñar algo. Es sólo soñar despierta, pero me gustaría pensar que un día esto volverá. Y que eso de que los niños sean enviados a esas grandes instituciones y que a todos les enseñen lo mismo un día llegará a su fin.

He visto lo que ocurre a algunas personas que envían a sus hijos fuera a aprender. Primero a vivir con una familia, luego con otra, luego con ese o aquel adulto. Los niños aprenden extraordinariamente deprisa. Los individuos tienen que luchar por ello. Los individuos y los grupos de individuos tienen que luchar por lo que quieren. El individuo es lo más fuerte de este mundo.

—En 1974 decía usted en *A small personal voice*: «*Todavía me siento optimista*». Anteriormente decía usted: «*En cuanto socialista, espero que la clase obrera se emancipe como lectores y escritores de una literatura seria*». Hacía usted afirmaciones que creo que son muy optimistas.

—Creo que la mayor parte de lo que decía era absurdo. Fue hace mucho. Está lleno de tonterías sentimentales. También decía: «No he encontrado nunca a nadie que apretara el botón». Quiero decir, que cualquiera de nosotros lo haría, si estuviéramos en una posición en la que nos hubieran enseñado a hacerlo. Este ensayo me parece ahora un disparate idealista. Estoy horrorizada de haberlo escrito. Pero eso es lo que pensaba en aquella época.

—Entonces, ¿no le resulta difícil expresar sus convicciones ahora? Podrían parecer

también tonterías dentro de diez años.

—Bueno, tal vez sean tonterías. Pero cuando nos hacemos mayores cambiamos, ¿no? Yo veo la vida en etapas. Tienes unas ideas y unas emociones apropiadas a cada momento, especialmente si eres una mujer. *The golden notebook* pertenecía a esa época, que es obviamente una época determinada en la vida de una mujer. Posiblemente no podría escribir *The golden notebook* ahora, porque estoy en otra onda.

—Pero ese optimismo, ¿todavía lo conserva?

—¿Quiere decir, qué creo que va a pasar? Bueno, creo que la raza humana sobrevivirá, porque siempre lo hace. Mire, se habla de que todo va a ir mejor, mejor y mejor cada vez, que es un punto de vista humanista y racionalista. ¿De dónde viene? La verdad es que toda la historia de la raza humana ha sido una historia de supervivencia al desastre. Por ejemplo, la era glacial, que es reciente, acabó hace 12.000 años. Sobrevivimos a un cambio en el nivel del mar de seis metros, que inundó todas las costas y sepultó ciudades. Sobrevivimos a plagas como la Peste Negra del siglo XIV, en la que murieron las dos terceras partes de la población de Europa. Sobrevivimos a guerras. Pasamos por alto cifras pequeñas, como la de que esta última guerra mató a 80 millones de personas. Recuerdo una noticia extraordinaria en el *New York Herald Tribune* la semana pasada, un artículo muy serio sobre las cifras de hambre y sufrimiento en el Tercer Mundo. Decía que nos equivocamos al decir que *x* millo-

nes de personas van a morir de hambre. No, no... son sólo 120 millones de personas. Ve, esa es nuestra situación como seres humanos. Así son las cosas. Y, sin embargo, sobrevivimos, seguimos andando a trompicones...

—*Algunos de nosotros*.

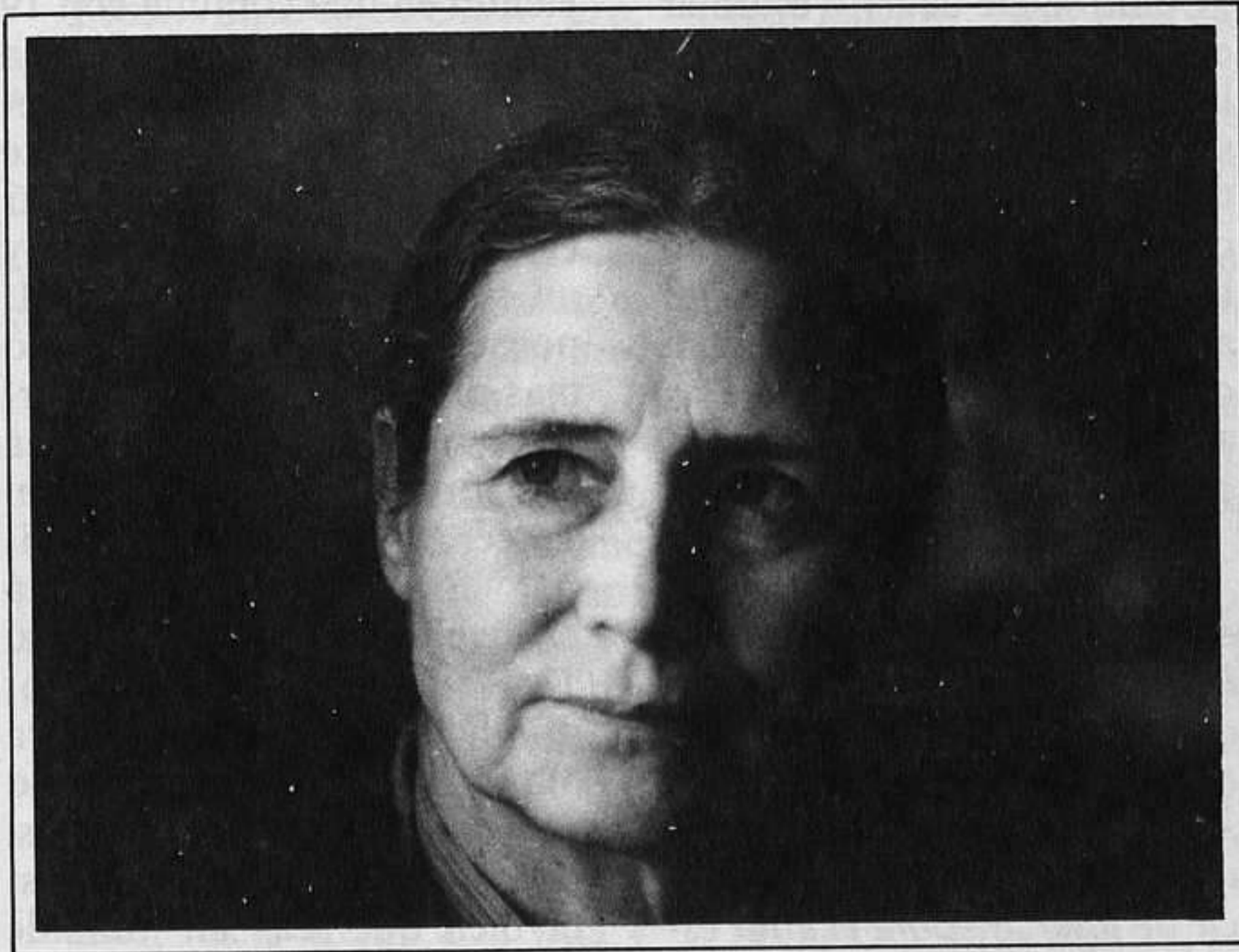
—Buenos, siempre somos algunos de nosotros. Luchamos con la naturaleza. Es un tópico decir que hemos conseguido alimentos suficientes para alimentar a todo el mundo. Hemos conseguido alimentos suficientes, pero no sabemos organizarnos. No parece que seamos todavía capaces. Pero pienso que lo seremos.

—Pero me pregunto si, aunque quizá usted vea las cosas como son —que solo son tantos millones de personas los que van a morir—, se olvida de luchar contra esta injusticia, y se olvida de escandalizarse y enfurecerse ante ella.

—¡No! No creo que escandalizarse y enfurecerse sirva de nada. Creo que deberíamos pensar, que es mucho más aburrido. Mire, acabamos de empezar a ver el mundo globalmente. Y vemos ya dos cosas, una al lado de otra: esa horrible lucha nacionalista por una parte, y por la otra el nacimiento de la idea internacional. Veo la humanidad como una especie de organismo que forma un todo con la tierra. Somos una unidad. Para nosotros es una nueva forma de pensar. Tenemos que aprender a hacerlo, y creo que lo haremos.

—Siento curiosidad por saber si usted sigue votando y a qué partido vota.

—No, no voto. Este país, Gran Bretaña, pasa por una



situación desastrosa, como todos sabemos. Pero estamos creando un nuevo partido. ¡Maravilloso! Tenemos el Partido Socialdemócrata. ¡Hurra! Así que todos se apresuran a votarlo. Bueno, una vez más es infantil. No tiene nada que ver con la realidad económica. Es un tópico decir que a mediados del período electoral, después de dos años, todos votan contra el gobierno existente. Al parecer este es un comportamiento político serio.

—*La idea es que para cambiar la sociedad se necesita una organización. Por eso hay formas organizativas, como los partidos políticos, los sindicatos o el movimiento feminista.*

—Personalmente no tengo ninguna confianza en ningún partido político, y creo que las consignas de *izquierda* y *derecha* están muertas y enterradas. No tienen ninguna relevancia. Pienso que son pura retórica. No tienen nada que ver, por lo que a mí respecta, con la realidad económica.

Fueron útiles a comienzos de siglo. Creo que hay una gran diferencia entre pensar políticamente —voy a votar por Michael Foot, o voy a votar por Willy Brandt, o algo por el estilo— y contemplar la situación económica de una nación y ver cómo solucionarla inteligentemente. Ahora bien, nuestra mentalidad está hecha de tal manera que no puedes contemplarla de esa forma porque es *reaccionario*. Esta es una de las palabras que nos asustan. Es reaccionario contemplar a una nación como si la izquierda y la derecha no tuvieran mucha importancia. Esto no quiere decir que los grupos de presión, como el movimiento de mujeres, los *squatters* o los grupos ecologistas no sean necesarios. Pero para que un grupo sea eficaz no tiene por qué ser político. Pienso que son dos cosas completamente diferentes. Una es útil y otra no. Esta es una forma algo simplista de resumirlo.

—*Antes usted era marxista. El marxismo es una visión global del mundo. Y cuando*

eres marxista, aprendes a pensar globalmente y a ver las interrelaciones entre el Tercer Mundo y el mundo occidental. Creo que usted tiene todavía este tipo de visión general.

—Creo que me gustó el marxismo porque me había criado en Irán, había vivido en Rhodesia, mis padres eran británicos y me había criado pensando eso del mundo. Creo que el marxismo es uno de los fallidos intentos de ver el mundo globalmente.

Tengo un amigo que es un profesor marxista. Una vez le dije: «El marxismo se ha vuelto contra el cristianismo. Los cristianos te replicarán con gran solemnidad: El fallo no está en el cristianismo, está en que nunca ha sido puesto en práctica». Y, lejos de reírse, me dijo: «Es cierto», Ve, después de tantos años de marxismo calamitoso la gente sigue creyendo en él. ¡Y la cosa es que obviamente no funciona! Es útil como recordatorio, si tu mente se va por las nubes, de que debes buscar las causas de alguna cosa en una base económica. Es un buen recordatorio.

Ahora lo considero como una locura, pero hacia 1946 ó 1947, yo y un grupo de gente estábamos seguros de que al cabo de diez años todo el mundo sería comunista, pacífico, un paraíso, que acabarían los sufrimientos, que no habría injusticias, que todos iríamos al cielo. Y verdaderamente lo creíamos. Ahora miro hacia atrás y digo: ¿cómo he podido ser así? ¿Cómo he podido creer esas tonterías? Es una especie de terrible arrogancia y presunción lo que te hace creer que porque eres joven puedes hacer cual-

quier cosa. ¿De dónde viene? Estoy segura de que es una cuestión biológica. Debe incluso tener una función en otro contexto, esa especie de confianza que tienen los jóvenes. Tal vez sea de nuevo la naturaleza, que sólo se preocupa por la raza. Es muy difícil encontrar a un intelectual o a una persona culta en este país que no haya estado en el Partido Comunista, cerca de él o influenciado por él. Es una especie de cliché, todo eso de la gente que ha sido comunista. Todos hemos tenido las mismas experiencias, hemos tenido las mismas emociones y decimos las mismas cosas en el mismo tono de voz, que queda bastante bien. Por eso no creo que sea muy importante.

—*De la política a la religión. ¿Había imaginado usted alguna vez que pudiera convertirse en una persona religiosa?*

—No, no soy una persona religiosa. No me gustan nada las religiones.

—*Pero, ¿no es usted sufí?*

—Estoy estudiando el sufismo. Es algo que estoy estudiando, pero no tiene nada que ver con ninguna religión. Un sufí es alguien que, después de mucho tiempo, se ha convertido en algo que yo no soy. Yo no soy una casuista. Es muy importante, porque el mundo está lleno de cultos que prometen la iluminación. Hay gurús en la India que si llegas el martes por la noche, pongamos por caso, el miércoles por la mañana te expiden un certificado diciendo: «Ya está usted iluminada», firmado el gurú no sé qué.

Bueno, no quiero contribuir a esa forma de pensar.

¿Cómo se me ocurrió estudiar el sufismo? Bueno, esperaba la pregunta. Hay un maestro sufí en Londres al que considero bueno, Idries Shah. Lo que él dice es que el sufismo ha existido siempre, mucho antes que el Islam, bajo uno u otro nombre. Y siempre se ha adaptado a la época y a la sociedad.

—*Sentíamos curiosidad por el sufismo cuando estábamos leyendo sus libros, de modo que un domingo por la mañana fuimos a un oficio sufí en Amsterdam. Tenía lugar en una sala grande con una especie de altar, y sobre el altar estaban los seis libros de las grandes religiones: el hinduismo y el budismo, los libros de Zarathustra, la Torá, la Biblia y el Corán. De todos estos libros se leyeron citas sobre el tema de los reyes. Después de eso, uno de los sacerdotes pronunció un sermón sobre los reyes. Mencionó el encuentro legendario, a comienzos de este siglo, entre el sufí Enayat Jan, el rey de la mente, y Henry Ford, el rey del automóvil. Eran espiritualmente iguales.*

—*Descubrimos que el sacerdote era un gran empresario de Rotterdam. Y un ex ministro holandés, el antiguo presidente del Fondo Monetario Internacional, es miembro del movimiento sufí. Le pregunté: «¿Cómo puede usted creer en la armonía y al mismo tiempo ser el jefe de una poderosa organización capitalista?» Me contestó que el FMI es una organización excelente y que ha hecho mucho bien en el Tercer Mundo.*

—La idea de que un sufí tiene que ser un santo sentado en una cueva con los pies sucios, comiendo lentejas o vi-

viendo en una comuna con 19 libras semanales no tiene nada que ver con lo que aprendemos. Puedes ser el presidente del FMI, y yo debería estar encantada de pensar que hay un sufí a la cabeza del FMI, porque en cualquier caso, lo más probable es que esta persona sepa lo que hace... La función del FMI es oprimir al Tercer Mundo, pero el sufí diría: «Sí, esta institución está probablemente oprimiendo al Tercer Mundo, pero allí podría hacer algo, aunque fuera muy limitado». Yo no pienso como usted. Su idea es que si eres una persona espiritual está bien que seas un humilde patán, pero no un capitán de industria.

—*Si usted puede combinar la sabiduría espiritual con la represión, entonces no lo entiendo.*

—Supongamos que un individuo sólo pudiera hacer algo ligeramente mejor que otro. Recuerdo que cuando tenía treinta años, consideraba que todos los hombres de negocios eran malos por definición. Releyendo *The golden notebook* pensaba, Dios mío, estas dos mujeres consideran que todo el que dirige una compañía es moralmente repugnante. Ve, ahora considero esto como una tontería sentimental. Pero formaba parte del pensamiento de aquella época.

—*Está muy entusiasmada con Idries Shah y le considera un maestro. Escribió usted un prólogo para uno de sus libros y ha dado conferencias sobre su obra. En sus escritos él habla de Dios. ¿Cree usted en Dios? ¿Qué significa? No me gusta esa frase «muy entusiasmada». No es pro, ¿de mí?*

Dios... Sí, creo en Dios. Pero, como usted dice, ¿qué significa eso? Como dicen los sufíes en una frase memorable, Dios no es algo que haya que asociar con la emotividad. Dices Dios y sientes una emoción. Dios es algo muy distinto. ¿Qué significa para usted?

—¿Habla en serio cuando hace esa pregunta? ¿Cómo puedo contestar a eso? Es una palabra que significa que los seres humanos son muy pequeños, que nuestras percepciones y nuestra maquinaria están hechas para permitirnos, como animales que somos, hacer frente a la vida y nada más: para permitirnos sobrevivir. Lo que veo de los demás, lo que veo de ese gato, lo que oigo, lo que toco, es sólo lo que es necesario para que nosotros, como animales que somos, sobrevivamos y nos reproduzcamos. Es para eso para lo que estamos programados. Y, sin embargo, hacemos de esta maquinaria sumamente limitada la medida de todo lo que hay fuera de ella. Los seres humanos no son la medida del universo. Es divertido que usted diga con esa ansiedad: «¿Qué es Dios para usted?». Lo que hay detrás de eso es la tradición socialista que dice que creer en Dios significa por definición que eres una reaccionaria, una retrógrada y una vendida, ¿no es así?

—*A mí me lavaron el cerebro con Dios durante dieciséis años.*

—Mire, no quiero meterme con la religión de nadie. No me gustan las religiones. No me gustan las Iglesias. Las considero como un sistema de adoctrinamiento. Usted asocia a Dios con su religión particular. Bueno, no tiene por

qué hacerlo. No es necesario que use la palabra Dios si le disgusta. Antes hablaba de retórica, y la palabra Dios es una palabra como aprieto un botón y reaccionas, pero es sólo una palabra. Es simplemente una cuestión de mentalidad. Los físicos hablan ahora de la infinitud, del tiempo y el espacio como han hablado los místicos durante muchos miles de años. Usted puede hablar del sufismo en el lenguaje de la física moderna, si quiere. Los físicos dicen que el tiempo y el espacio son productos de nuestra particular mentalidad. Es así como están hechas nuestras mentes, separamos el tiempo y el espacio. Vemos también el tiempo como una especie de línea larga. Pero los físicos hablan de universos paralelos, o de universos que se reflejan unos a otros, o de universos donde el tiempo corre hacia atrás en relación con otros universos. Todas estas ideas se encuentran en el lenguaje del misticismo tradicional. Dios es meramente una palabra que el hombre aplica a lo que no conoce... Me estoy haciendo un lío, como siempre sucede cuando se habla de estas cosas. ¡Mire este gato! Dígame hola. Es Carlos, le llamamos Príncipe Carlos.

—*Pienso que es usted una visionaria, que puede prever cosas. Usted escribió en 1962, y aquello de lo que usted escribía fue algo que muchas mujeres vivieron diez o quince años después. En *Memoirs of a survivor*⁴, en 1974, escribía usted acerca de las bandas juveniles, y ahora existen.*

—Pero existían antes de que escribiera el libro en todas partes. Eso de que los escritores son profetas... Creo que algunos escritores lo son. Te-

nemos textos sobre cosas del futuro. Pero me gustaría dejar claro que los ordenadores lo hacen mucho mejor. Si quiere profecías, acuda a los escritores de ciencia ficción y espacio ficción. No hay una sola cosa que haya ocurrido en este horrible mundo nuestro sobre la que no hayan escrito los escritores americanos de ciencia ficción en los años cincuenta.

Pienso que lo que los escritores deberían hacer es tratar de que la gente piense en las cosas sin etiquetas, sin compartimentos, sin tener que usar esas estructuras en las que nos metemos. Siempre leo para descubrir cosas de todas partes. Creo que es para eso para lo que sirve la novela. La novela siempre describe nuevos estados de ánimo o nuevos pensamientos o sucesos. Es como un continuo comentario que la humanidad hace sobre sí misma. Pero en cuanto a pronosticar el futuro, a veces acertamos y a veces realmente nos equivocamos.

—*¡Espero que esta vez se equivoque!*

—Yo también lo espero.

—*Yo pensaba que usted había acertado en un montón de casos, de modo que tal vez acierte también esta vez. Pero, ¿qué puedo hacer? ¿Tratar de huir a alguna parte?*

—Pero, ¿a dónde? «Paren el mundo, que quiero bajarme». ¿Recuerda esa canción?

—*Usted ha explorado también el inconsciente. Escribió sobre él en los libros de *Martina Quest*, en *Memoirs of a survivor* y en *Descent into Hell*⁵. Tengo la sensación de que admira usted algunas formas de locura.*

—¡No, nunca he dicho eso! Lo que pienso es que en algunas formas de esquizofrenia falla la maquinaria de la que estamos hechos. Se supone que la veo a usted ahí, con un traje azul, mirándome de cierto modo. Pero si estuviera esquizofrénica podría ver doble, o ver una cruz negra encima de usted, y oír voces que dijeran: «Esta mujer es peligrosa» o «sabe encontrar cilantro en el bosque»...

—¿Le pasa a usted eso?

—¡Cristo, no! ¡Usted bromea! Es sólo un ejemplo. Pero nunca he oído decir a los psiquiatras que los seres humanos estén provistos de cables, estén hechos con este molde y, sin embargo, cuando están esquizofrénicos realmente ven cosas, oyen voces. Me parece claro como la luz del día que lo que falla es el mecanismo de programación. Lo que aparece, bajo una forma distorsionada, es la realidad. Que veamos el sol de ese tamaño es sólo una convención. Si hubiera un esquizofrénico ahí sentado diría: «El sol llena todo el cielo». Lo que pienso de la esquizofrenia y de la locura es que son un recordatorio, si usted quiere, de que no tenemos por qué ver las cosas como las vemos.

—*En The four-gated city hablaba usted de unos niños que, después de un desastre nuclear, pueden oír voces.*

—Pienso que es posible que la raza humana evolucione hasta tener esos poderes, como los teníamos en el pasado. Las llamadas «sociedades primitivas» los tienen muy a menudo, pero no los interpretan como locura; forman parte de su funcionamiento normal. El bosquimano sabe tres días an-

tes que alguien va a ir a verle. La civilización mata esto, los sentidos se embotan.

—*También ha escrito usted que cuando no sabía cómo seguir un libro que estaba escribiendo, se iba a dormir. Soñando con él, sabía cómo continuar su historia. ¿Puede usted controlar sus sueños? ¿Es eso algo que se pueda practicar?*

—Sí, tienes que prestar atención y escucharte a tí misma. Cuando te vas a dormir, tienes que tener un cuaderno al lado de la cama. A menudo tenemos corazonadas de las que no hacemos caso. Cuando estaba escribiendo *The golden notebook*, trabajaba mucho y apenas comía o dormía. Fue entonces cuando dejé de ser marxista y racionalista, porque de pronto me di cuenta de que todas las cosas que estaba experimentando simplemente no formaban parte de nuestra cultura. Pienso que la gente utiliza todo tipo de intuiciones y percepciones extrasensoriales sin siquiera saberlo, o sabiéndolo a medias.

—*Usted también hizo experimentos con la mescalina.*

—La tomé una vez. Sólo por curiosidad. En los años sesenta todo el mundo tomaba cosas. Los sufíes dicen que cada persona es no sólo una personalidad, sino varias. Eso me fue muy útil porque experimenté al menos tres de mis personalidades, que desde entonces he podido observar mucho más claramente.

—*¿Cuáles son esas tres personalidades?*

—Las puede ver en lo que escribo. Surgen como personajes, bajo diferentes nom-

bres, diferentes edades, diferentes sexos. Cuando te haces vieja, no te ves como esa persona grande, única, extraordinaria, maravillosa, que veías en ti cuando tenías veinte años. Cuando te haces vieja, te haces más impersonal. Te ves más como una serie de personas. Te ves más en perspectiva. Ahora bien, eso es una amenaza para ti, ¿no?

No te sientes tan agresivamente femenina tampoco. Pienso cada vez más que te vuelves asexual. Todavía tienes sexo, relaciones, hombres, etc. Pero estoy convencida de que los hombres y las mujeres son más parecidos entre sí de lo que cada uno de los bandos estaba dispuesto a admitir en aquel momento. Forma parte de la guerra. Tienes que librar esta guerra de los sexos como una cuestión de honor. ¡Pero somos terriblemente parecidos en muchos aspectos! Pienso que los hombres son extraordinariamente emotivos. El hecho de que no sean conscientes de sus emociones es otra cosa muy distinta. Los hombres más jóvenes son mucho mejores, ciertamente mejores que mi generación. Son mucho más democráticos, se encuentran más a gusto con las mujeres, las tratan con mucha más camaradería. Se preocupan mucho menos por su papel masculino de lo que solían preocuparse. Todo eso es una revolución.

Otra cosa que nadie menciona nunca por eso del nuevo feminismo: ¡es divertido! Todo eso del sexo es gozoso. La idea de que el sexo pueda ser gozoso, de que tener relaciones con hombres pueda ser divertido, gozoso y agradable, ¡eso es una especie de herejía!

Lo que hago es recordar a la gente que ésa es una de las facetas más gozosas de la vida. Especialmente cuando te haces vieja.

—*En una entrevista a un periódico alemán decía usted que cuando la gente se está enamorando continuamente debería preguntarse qué sucede. Pienso que es usted muy severa, si dice que la gente debería contemplar de forma más crítica este tipo de amores.*

—No dije que no estuviera bien. Lo único que dije fue que podría ser como una droga, por divertirse, como una necesidad de estímulo. Es una manera fácil de divertirse, ¿no? Hay un montón de hombres y mujeres modernos que necesitan enamorarse para sentir este estímulo, y casi no importa de quién se enamoren. Llamémoslo por su nombre: es un estímulo. Es como ponerse una inyección de algo.

En una ocasión hablé durante una hora y media de cosas que no me interesaban lo más mínimo, porque era lo que interesaba al entrevistador. Recientemente me hizo una entrevista un hombre que habló durante dos horas sin parar del amor porque acababa de enamorarse de alguien. Pero no era en eso en lo que yo pensaba en aquel momento.

—*¿De qué hablaría si fuera usted la que fijara el tema de la entrevista?*

—Lo que me interesa es la forma en que nos adoctrinamos, cómo nos lavan el cerebro, cómo nos convertimos en esclavos, cómo dejamos que nos manipulen con palabras. Me pregunto cómo podemos reducir nuestra dependencia.



Insistimos en estar en grupos, y somos prisioneros de los grupos de los que somos miembros. Hay cantidad de investigaciones hechas por sociólogos acerca de cómo somos, pero no hacemos uso de ellas en absoluto. Somos como una banda de monos primitivos que tienen toda una biblioteca con toda la información y no hacen uso de ella.

—*Las mujeres de sus primeros libros —la serie de Martha Quest, The golden notebook y The summer before the dark— son siempre los personajes principales. Son personajes enérgicos, creativos, imaginativos, claramente analíticos, que bucean en la vida y tratan de ser independientes. Pienso que hubo un cambio en la serie de Canopus. En Shikasta y The Sirian experiments saca usted personajes masculinos inteligentes, estimulantes y más interesantes, que son como los dirigentes espirituales, mientras que las mujeres tienen el papel de admirar al hombre. En The marriages between zo-*

nes three, four, five, el rey, Ben Ata, es un macho grande, fuerte, primitivo, el típico hombre por el que las mujeres se vuelven locas. La reina, Al-Ith, piensa que es rudo, incivilizado y mal educado, pero se siente atraída por él. ¿Por qué ese cambio?

—*¡Es usted una ideóloga! Ve las cosas de forma lineal. The marriage between zones three, four and five es una especie de leyenda, un cuento de hadas. Tomé todos los estereotipos femeninos y los puse en la zona tres, y todos los estereotipos masculinos y los puse en la zona cuatro. Creé personajes que son la encarnación de todas nuestras actitudes. No hice una declaración: así es como son los hombres y así es como son las mujeres. En The Sirian experiments saco a una burócrata de muchos miles de años, ¿no?*

—*Pero es el sabio Klorathy el que la enseña y la conduce al saber. Y en Shikasta, Johor es el maestro sabio.*

—*Pero esto no es tan importante para mí como me pa-*

recía. Todas las sociedades que describo son sociedades dominadas por el hombre. Si sacara a una sabia, tendría que perder el tiempo en todo tipo de cosas y dedicar páginas a explicar por qué no importa que tenga treinta y cinco años y sea soltera o que el hecho de que tenga doce hijos carece de importancia. Es un problema práctico. Llevo treinta años escribiendo sobre los problemas de la mujer. Estoy harta ya de ellos. He dicho todo lo que podía decir de

ellos. Lo que me interesa es lo que tenemos en común como seres humanos, y nuestra situación como seres humanos en el mundo.

Aafke STEENHUIS
Kiki AMSBERG

La presente entrevista forma parte del volumen *Denken over Liefde en macht*, publicado por Van Genneep. Amsterdam. 1983.

¹ *Canta la hierba*. Barcelona. Seix Barral. 1968. Traducción de José María Valverde.

² *El cuaderno dorado*. Barcelona. Caralt. 1979. Traducción de Helena Valenti.

³ *La ciudad de las cuatro puertas*. Barcelona. Argos-Vergara. 1982. Traducción de Helena Valenti.

⁴ *Memorias de una superviviente*. Madrid. Ultramar. 1976. Traducción de Lucrecia Moreno de Sáenz.

⁵ *Instrucciones para un viaje al infierno*. Barcelona. Seix-Barral. 1974. Traducción de Manuel Villar.

Traducción: Pilar LOPEZ

Leviatán, 14, INVIERNO 1983